

*Identidad: el terrible problema**

Manuel Flores Mora

Borges, Lee Marvin, David...

De poco acá, se sabe que la identidad es uno de los problemas mas terribles que padece el hombre. ¿Quién soy? Cuando éramos menos sobre la faz de la tierra, lo peor que nos podía pasar era no salir del anonimato. Actualmente es más grave, porque caemos en la masa.

En el anonimato no nos conoce nadie. En la masa, en cambio, no somos nadie.

Las sociedades modernas han traído, junto a una inflación de los precios, una deflación de las identidades. Ni la gente famosa consigue mantenerse a la altura de la personalidad conquistada.

Jorge Luis Borges, Lee Marvin, un tercer hombre que ha estado recluido 28 años en un hospital de Chicago, actualizan esta semana algunas reflexiones.

Los Espejos Frustrados

Pocas cosas deben existir tan desquiciadas como el panorama interior de un actor cinematográfico veterano. Se les ve cada noche esforzándose en la televisión y, a mí por lo menos, el corazón se me encoge de lástima. Ese que hace de Sargento Sanders y baraja los tanques hitlerianos, el que desbarata las patrullas y arroja granadas como quien tira un tejo sobre las ametralladoras enemigas. O el otro, que hace dos jueves, sin más ayuda que un winchester del siglo pasado, aniquiló las hordas de los indios. Y éste que rescata la escuadra de aviones de combate... ¿Qué sentirán estos hombres a la hora melancólica de ponerse el pijama y lavarse los dientes, en la aburrida soledad sin peligros de la vivienda propia? La evidencia de que las hazañas eran mentira y el dentífrico verdad, debe ser una de las más demoledoras experiencias humanas. En pocas partes debe haber tanta frustración acumulada como en el azogue de los espejos ante los cuales se afeitan cada día.

El hombre común que llega a la edad de jubilarse, ha tenido un destino individual. Ha sido empleado de Correos o de banco, ha sido capataz, auxiliar o gerente. Ha jugado a las bochas. Alguna vez ha intentado aprender inglés o hacer gimnasia y ha dejado ambas cosas por la mitad. Pero ha tenido un nieto.

El gran actor de cine llega a los cincuenta años y ha sido Ivanhoe, ha sido Gengis Khan, ha sido el conde en una novela de Emily Bronte. Ha participado en la gran derrota de los sureños durante la Guerra de la Secesión americana y ha embicado, de pie en la heroica torrería de su submarino, un acorazado japonés. Ha corrido a Rommel de Tobruk, se ha acostado con Sofía Loren bajo los doseles de una cama de estilo escocés y le ha dado una paliza a Raquel Welch en los oscuros callejones del puerto de Shanghai. Ha tomado por asalto murallas medievales, abordado galeones bucaneros y enfrentado sobre el calcinado desierto con tunas mexicano, el entreverado turbión de las montoneras de Zapata. Ha sido detective privado y camellero con Lawrence de Arabia. En la

* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

desolada madrugada y sucio sol de una prisión de Hungría, ha subido al cadalso con las piernas quebradas, sin delatar al agente que vuela con los planos de la bomba hacia occidente.

En suma, no es nadie.

La Mala Jugada

Hasta que de pronto, como un monstruo que rompe la pared y asoma la cabeza, la concubina de hace 8 años —real como el dentífrico— le presenta una demanda judicial por cuatro millones de dólares. Una triste mujer que no ha sido Cristina de Suecia, ni siquiera mera Dama de las Camelias invoca, para indemnizarse, la oscura y verdadera conyugalidad no fotografiada.

Es lo que acaba de ocurrirle al recio y desdichado Lee Marvin.

Situaciones en las que el hombre común sabe qué hacer. Decir si o decir no. Pero en las que el gran astro naufraga.

Tal vez Lee Marvin, sorprendido por la demanda como un ave por el tiro del cazador en la mitad del vuelo, sintió los ojos arrasados de lágrimas. Tal vez una emoción caliente lo llevó a revivir aquellos seis años con la pobre Michele, el café con leche frío con que lo despertaba, el balón zurcido, las dulces arrugas cercándole los ojos con que escuchaba extasiada sus comentarios sobre la próxima película. Tal vez Lee Marvin —el ser humano que hay allá, medio doblado pero todavía vivo, en el fondo de la celebridad de Lee Marvin— tuvo el arranque de darle, sollozando nostalgias, los cuatro millones. Y la casa de Beverly Hills. Y la berlina. Y el lavaplatos electrónico que la hizo tan feliz.

¿Cómo romper, sin embargo, esa ilusión de reciedumbre traducida a taquillas de cinco continentes? ¿Cómo emocionar aplastando cabezas en el "compre y pague después" de las 22 y 7, cuando se ha sido débil? Si Marvin fuera Charlton Heston podría haber accedido como el Cid Campeador. Si Leslie Howard, aflojado como Romeo. Si Henry Fonda, otorgar, sentimental como Frank James. ¡Pero Marvin!

Sentado en la bañera, en la soledad del pijama, y con el pomo de dentífrico en la mano, Lee Marvin tal vez ha llorado como lloran los recios cuando nadie los mira. Vacilante el alma entre la identidad de los tres últimos papeles estelares, lleno el corazón por el recuerdo de las chinelas de Michele, tal vez ha dicho: "Querida, perdóname"

¿Quién es Borges?

— *Sólo soy la memoria de mis muertos* — ha dicho Jorge Luis Borges esta semana en Montevideo, a donde vino a reeditar algunas conferencias sobre las pesadillas, el tiempo y la poesía.

A Jorge Luis Borges no le está dada siquiera la pesadumbre de interrogar la frustración de sus espejos. El azogue del espejo de Borges no está habitado por imágenes. Desde hace más de 20 años, Borges está ciego. Aclaremos el profundo respeto que nos inspira, desde que es el mayor escritor de lengua española viviente.

Con el doble mérito que su literatura no integra la literatura de lengua española.

El más empedernido lector de nuestra cultura, Borges, no puede leer. Está ciego. Vive rodeado de libros. Para Borges, los libros no tienen letras. Son libros ciegos. En el curso de la vida de Borges, su patria ha sido convulsionada por toda clase de procesos. Borges no los ha comprendido. Ha estado ciego. Dirigió la más rica biblioteca de la América Española. No pudo leer una sola página. Borges ha vivido años que pronto serán 80. No ha tenido vida. Ha tenido obra. Como si dijéramos: el más portentoso artífice de la adjetivación, ha pasado por el mundo sin sustantivos.

La gente se acerca al autor de la más famosa obra literaria de América. Se acerca para saber quién es. No lo averigua. Él tampoco lo sabe. *"Soy sólo la memoria de mis muertos"*. Como si dijera: no he nacido, no soy. Mi identidad son ellos, son mis escritos. No tengo más identidad que la ceguera; los antepasados que están antes y la obra que queda para después.

En Montevideo acaba de dar tres conferencias, sembradas de absurdo. No sabe quién es César Vallejo, Lorca no es poeta sino mero andaluz, Manuel Machado es mejor. Zorrilla de San Martín más que Herrera y Reissig... El homenaje de nuestro respeto al autor de estas tres conferencias dadas por nadie. Y si alguien piensa que esto es un ataque a Borges, a quien admiro, no ha entendido nada. ¡Pobre Borges!: ¡Gran Borges!

El Terrible Yerro

Por otra parte, esto de la identidad no sólo persigue a los ilustres varones. También a los medianos cuando el azar lo determina. Un cable de Chicago nos cuenta sobre alguien que junto con la identidad perdió los derechos que otorga, en la sociedad de los hombres, la cordura.

"CHICAGO, 19. (AFP). — Un hombre que articulaba "sonidos incomprensibles" pasó 28 años de su vida en clínicas psiquiátricas de los Estados Unidos... porque a nadie se le había ocurrido dirigirse a él en chino, única lengua que conocía".

Identificado simplemente como David, lo dieron por retrasado mental (gutural) en 1951, cuando se hallaba internado por tuberculosis en un hospital de Illinois. No volvieron a acordarse de él hasta 1962. Volvieron a declararlo infrahumano. El equipo médico aceptó en su informe "que ni siquiera puede hablar inglés". Así hasta 1970. Otro equipo médico entonces observó que su "lenguaje era incoherente". Hasta 1979. El miércoles lo soltaron.

Declarado atrasado mental, durante 28 años el hombre debió decirse a sí mismo (en chino, claro está): "qué atrasados mentales".

Claro que aquí, además de la identidad estaba la comunicación. Menudo problema.

Lee Marvin, Jorge Luis Borges, el "tarado" de los sonidos incoherentes, son todos como símbolo de los tiempos.

No se aflija. Usted y yo, también.